

Identidad política y lugar de la crítica: del sentimiento kantiano a la sujeción pasional. (Notas sobre competencia y población)

Jaime Pascual Summers¹

Resumen: Partiendo de la afinidad entre lo crítico y lo histórico-político que Lyotard señalaba en su estudio sobre la filosofía de la historia kantiana, y tomando como hilo conductor el papel otorgado por el pensador de Königsberg al sentimiento en la facultad del juicio, se señalará en este trabajo cómo dos autores, Deleuze y Foucault, a pesar de lo diverso del objeto de sus investigaciones, comparten en su pensamiento un basamento ontológico de filiación nietzscheana que previene a la crítica frente a la amenaza de cristalización doctrinal. Así, se tomará en consideración cómo, en la obra de Deleuze (y muy especialmente en el contexto de su colaboración con Guattari), la constitución de lo social es remitida a una concepción materialista inmanente de la morfogénesis que pone en juego las relaciones diferenciales como ocasión, soporte y, al mismo tiempo, amenaza de disolución de toda identidad político-social efectivamente constituida. En este sentido, y en orden a esbozar alguna línea de desarrollo para el ejercicio de la crítica en el contexto histórico-político contemporáneo, se presentará la noción foucaultiana de “población”, por cuanto entendemos que lo que pone en juego tal contexto necesariamente dispone los fundamentos jurídicos y los mecanismos disciplinarios como medios al servicio de un funcionamiento social que exige, por su parte, una forma de individualidad personal y gregaria determinada.

Palabras clave: crítica, afecto, identidad, capitalismo, sujeción.

Abstract: The starting point of this proposal is the affinity between the critical and the historical-political highlighted by Lyotard in his book on Kantian Philosophy of History; its unifying thread is the role attributed to the feeling in judgement faculty by the Königsberg thinker; and its goal is to show that the thought of Deleuze and Foucault, besides the different aims of their investigations, they share an ontological basement which can be placed in a Nietzschean affiliation which prevents the critical before any kind of doctrinal crystallization. Thus, to be considered here is the way in which social constitution refers to a materialistic and immanency conception of morphogenesis which brought into game differential relations as occasion, support and risk of dissolution of any socio-political identity actually constituted. By this token, and in the aim of outlining some development lines for critical exercise in a contemporary historical-political context, the Foucaultian notion of “population” will be introduced, therefore we consider here that this very context sets both juridical foundations and disciplinary devices as means for a social functioning which demands a certain form of personal and gregarious identity.

Keywords: critical, affect, identity, capitalism, fastening.

¹ Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid (<http://eprints.ucm.es/38296/>).

INTRODUCCIÓN

Bien sea porque la perspectiva que abre nuestra época quizá efectúe una reconstrucción constante del relato de sus propios orígenes —resultando así que la memoria de una civilización solo en apariencia y gracias a ese trabajo imperceptible puede quedar fijada—, o bien porque cierto olvido sea requerido como condición para el retorno de problemas relativos a una tensión cuyo germen viniese desenvolviéndose de diferentes modos a lo largo de toda la modernidad, parece que en nuestros días, y con ocasión de muy diversas cuestiones, se impone la problematización de nociones fundamentales pertenecientes al ámbito histórico-político cuya adscripción al dominio de la crítica resulta asimismo problemática. Tomando como punto de partida la lectura de la concepción kantiana de la historia que Jean-François Lyotard presentó en su texto de 1986, *El entusiasmo*² (a saber, aquella que postula y desarrolla la existencia de una afinidad entre lo crítico y lo histórico-político), procuraremos esbozar aquí qué sentido de lo crítico corresponde poner en juego en el marco de la sociedad contemporánea, tal y como esta aparece caracterizada en el pensamiento de Deleuze o Foucault, puesto que la ubicación, tanto de uno como del otro, dentro del espacio taxonómico de la política actual dista mucho de resultar unívoca —lo que no deja de plantear correlativamente la cuestión acerca de la posibilidad de que dicho espacio sea susceptible de una compartimentación limpiamente definida. Tal vez esta indecibilidad dependa precisamente del modo en que los textos de estos autores constituyen actos discursivos peculiares, capaces de conservar un cierto coeficiente de resistencia a toda cristalización doctrinal, brindando la oportunidad de conservar el carácter procesual del pensamiento.

Esta peculiaridad tiene todo que ver, a nuestro juicio, con cierto compromiso ontológico fundamental, aquél que anima el desarrollo de un pensamiento que pretende sustraerse al espacio de la representación de acuerdo con una vocación antiesencialista que no puede por menos que impugnar, en todos aquellos dominios en los que se presente, la preeminencia de lo clasificatorio fundado sobre el modelo de lo Uno y el reconocimiento, abogando, por el contrario, a favor de un pensamiento estrictamente relacional, que recusa toda prioridad concedida a la estructura en detrimento de las cuestiones genéticas. Ahora bien, es preciso que tal pensamiento evite cualquier abordaje de esta génesis considerando algo así como una representación del origen que pudiese ser erigida en tanto fundamento de legitimación, criterio de evaluación o destino programático de la acción política. Antes bien, lo que los textos de estos autores convocan es más bien un linaje fundamentalmente bastardo de pensamiento, que concibe las diferentes configuraciones sociales, políticas, lingüísticas o científicas, no ya cómo estructuras definidas por límites trascendentes o principios universales de individualidad, sino más bien como efectos de procesos concretos con respecto a los que resultan heterogéneas. Asimismo, la indecibilidad a la que se alude aquí es perfectamente coherente con la recuperación deleuzeana del sentido que Nietzsche confiere a lo crítico, repro-

² Cf. Lyotard, J.F., *L'enthousiasme*, París, Éd Galilée, 1986 (trad: Alberto L. Bixio, *El entusiasmo. Crítica kantiana de la historia*, Barcelona, Gedisa, 1997).

chando al proyecto kantiano, no ya solo la construcción de una condición más amplia que lo condicionado –que, sin embargo y de forma decepcionante, no resulta ser más que un mero calco de este–, sino especialmente el no haber sido capaz de plantear la crítica en términos de valores, desestimando así cualquier pretensión de que el análisis –lingüístico, antropológico, político– pueda constituir una suerte de metalenguaje general, axiológicamente aséptico y legítimamente normativo. Lo que se pone en juego es, por tanto, la distinción que Deleuze recoge de Spinoza, entre *potentia* y *potestas*, por cuanto solo a través de relaciones diferenciales que refieren a la primera resulta posible la implantación efectiva y la conservación de modelos normativos en lo institucional y lo social representados al nivel de la segunda. Habida cuenta de que la formación social que aquí queremos considerar es aquella en la que nos encontramos insertos y constituidos, la cuestión pasará por dilucidar en qué sentido lo institucional se relaciona con las formaciones de poder efectivo en las sociedades del capitalismo tardío, prestando especial atención al modo en el que los actos discursivos y las normatividades conforme a las cuales se desarrollan deben ser comprendidos y efectuados, puesto que entenderemos, con Deleuze, las diferentes identidades sociales y políticas como sus resultados y sus posibilidades.

CRÍTICA E INMANENCIA

Lyotard señala el carácter funcional del acercamiento entre la proposición crítica y la proposición histórico-política en sentido kantiano basándose en la relación de cada una de ellas con la regla y, por ende, con lo doctrinal: en ambos casos, y a diferencia de lo que ocurre en la esfera de lo jurídico-político, el establecimiento de cada proposición tiene lugar en condiciones de indigencia con respecto a la regla del juicio. Estas proposiciones caen, por tanto, dentro del régimen de lo reflexivo –o reflexionante (*reflektierend*)³– y, lejos de constituir meras efectuaciones de las condiciones de posibilidad de una facultad determinada, resultan ser en cada caso el resultado y la actualización de una decisión que compete a la legitimidad de las pretensiones de cada facultad en relación a su objeto. Ahora bien, por cuanto juzga sin regla previa, esta decisión entraña una dimensión no reproductiva, propiamente intempestiva, a partir de la cual resulta accesible el concepto nietzscheano de genealogía como quiasmo entre valores y valoraciones⁴. Es propio de lo crítico, en efecto, hacer explícitas, por consiguiente, las condiciones de evaluación específicas de cada facultad –o de cada “familia de proposiciones” según el sugerente préstamo

³ Kant, I., *Kritik der Urteilskraft* (1790) (trad: García Morente, M., *Crítica del juicio*, Madrid, Espasa Calpe, 1977) Introducción, § IV.

⁴ «El concepto de valor, en efecto, implica una inversión crítica. Por una parte, los valores aparecen o se ofrecen como principios: una valoración supone valores a partir de los cuales esta aprecia los fenómenos. Pero, por otra parte y con mayor profundidad, son los valores los que suponen valoraciones, “puntos de vista de apreciación”, de los que deriva su valor intrínseco. El problema crítico es el valor de los valores, la valoración de la que procede su valor, o sea, el problema de su creación». Deleuze, G., *Nietzsche et la philosophie*, Paris, PUF, 1962 (trad. Artal, C. Nietzsche y la filosofía, Barcelona, Anagrama, 1971). pp. 7-8.

terminológico que Lyotard toma de Wittgenstein-, revelando su uso inmanente o legítimo, pero para ello debe situarse en un medio peculiar, que no es ningún territorio constituido y delimitado, ningún espacio métrico o geométrico que venga dado previamente, sino que es más bien producido concretamente como condición real del tránsito y de la interferencia entre las distintas familias de proposiciones o disposiciones doctrinales. Lyotard ofrece una somera enumeración de las mismas⁵ en la que se hace patente cómo ni la experiencia inmediata ni la explicación científica pueden sustraerse a la contaminación que este fangoso espacio transicional introduce con respecto al dominio de las valoraciones, así como la depuración del sentido y la relevancia de las ideas de totalidad y finalidad, reguladores no fenoménicos y, por tanto, difícilmente susceptibles –desde un punto de vista estrictamente kantiano– de ser tomados como fundamento de determinación en constitución teórica doctrinal alguna que buscase salvaguardar su autonomía. También el ámbito de lo imaginario es aludido en esta serie, y si bien lo es a propósito de la constitución ideal de una “novela de los orígenes” y una “novela de los fines”, entendemos que el carácter irreductiblemente hipotético de la casi-facultad de la crítica unido al papel concedido al sentimiento de lo sublime en la *Crítica del juicio* (por cuanto impugna la concordancia placentera de lo bello como análogo de lo bueno, esto es, de aquello susceptible de ser pensado, sin restricción, como universal), descubren en lo afectivo en cuanto desprendido de la determinación cognoscitiva (y, por consiguiente, de las condiciones de actualización de la experiencia), una potencia de génesis que solo resulta accesible al pensamiento desde el momento en que la crítica es llevada al extremo de su propia “naturaleza”.

El pensamiento de Gilles Deleuze se concibe a sí mismo precisamente como atendiendo a esta vocación crítica; no en vano mantiene el calificativo “trascendental” para caracterizar un empirismo que, ya desde la temprana monografía sobre Hume⁶, no puede sino ser concebido como un monismo y un pluralismo que apuestan por la inmanencia y exterioridad de términos y relaciones. Dicha monografía pretende ser una recuperación de lo que funciona a la vez como punto de anclaje y como propósito del monumental proyecto del *Treatise*: hacer un ciencia del hombre, no ya tomando por objeto el espíritu, sino más bien las *afecciones* del espíritu. Así, la afección, la impresión, el *occursus* spinoziano, el encuentro que, sustrayéndose a la roturación de lo necesario y lo imposible, constituye la pérdida de toque (*tangeret*) de un enfoque para el que la parcialidad resulta ineluctable, aparece como el espacio en el que lo crítico puede acceder a su dimensión productiva. El origen es así remitido a un ámbito no clausurado de variación continua, una pura transición que no cesa y que, lejos de explicarse en función de los puntos de detención que atraviesa, se revela como la razón discordante en virtud de la cual tales

⁵ «Pasamos revista a las diferentes familias de proposiciones que entran en juego en las presentaciones de lo histórico-político: familia descriptiva (experiencia), explicativa (entendimiento), dialéctica (idea de la razón especulativa y/o práctica: la “totalidad de los seres racionales”), teleológica (idea de la finalidad de la naturaleza en el hombre: el progreso), imaginaria (idea de la imaginación: novela de los orígenes, novela de los fines)» Lyotard, J.F., *Op.cit.* p. 13.

⁶ Cf. Deleuze, G., *Empirisme et subjectivité*, Paris, PUF, 1953 (trad. Acevedo, H., *Empirismo y subjetividad*, Madrid, Gedisa, 1981).

puntos resultan constituidos. Si hay algo así como una naturaleza humana capaz de regular más o menos sistemáticamente diferentes procesos, siquiera como instancia de evaluación o criterio del juicio moral, médico o jurídico, esta debe ser referida a los tránsitos y las conexiones en virtud de la cual dicho ámbito de variación accede a algún tipo de regularidad. Sin embargo, no debe entenderse que aquí, como si se tratase de un nuevo avatar del “estado de naturaleza”, pueda encontrarse justificación alguna para la oposición tradicional entre naturaleza y cultura, puesto que, por un lado, la contingencia acompaña como costado virtual e imperceptible toda efectución concreta que pudiese ser elevada al rango de sistema, y, por otro, en ningún caso debe considerarse dicho ámbito de variación universal bajo la forma de una generalidad de la que emanase lo concreto. Antes bien, y siguiendo con Deleuze la apuesta de Spinoza, la causa no es ni transitiva ni emanativa, sino propiamente inmanente al dominio de los efectos con respecto al que resulta, no obstante, radicalmente heterogénea.

MORFOGÉNESIS AFECTIVA

En la lectura que propone Deleuze, Hume entiende la pasión bajo el signo de una irreductible singularidad, si bien en su fijación deviene posible lo general y lo específico: a partir de dicha fijación se constituye algo así como una “naturaleza humana”. La construcción de una representación, como forma de regularidad para lo perceptivo-cognoscitivo, lo afectivo y lo activo-técnico, consigue superar la parcialidad de lo singular en provecho de la generalidad de lo social, de tal modo que lo político se hace accesible a la crítica desde el momento en que esta prescinde de su vocación taxonómica y, de la mano del afecto, accede a los tránsitos y contaminaciones que constituyen las diferentes presentaciones histórico-políticas siempre como mixtos, desconectados de toda garantía de estabilidad. Lo social aparece así como resultado de una contracción (la del hábito) y como una suerte de “segunda naturaleza”, si bien desde esta perspectiva no parece demasiado adecuado ni la referencia a otra naturaleza que pudiese ser “primera”, ni pretender concebir su heterogeneidad con respecto a otras formas de regularidad (como por ejemplo, la regularidad biológica) bajo el signo de la discontinuidad. En las páginas de *Mil Mesetas*⁷ dedicadas a los procesos en virtud de los cuales llegan a constituirse diferentes dominios de estructuración -que coinciden con aquellos de los que se encarga Simondon⁸ en su crítica al hilemorfismo aristotélico como principio de individuación-, Deleuze y Guattari señalan:

«Un tercer gran grupo de estratos se definirá no tanto por una esencia humana, como, una vez más, por una nueva distribución del contenido y de la expresión. La forma de expresión deviene lingüística [...] actúa mediante

⁷ Cf. Deleuze, G. Guattari, F., *Mille plateaux*, Paris, Minuit, 1980 (trad. Vázquez, J., y Larraceleta, U., *Mil mesetas*, Valencia, Pre-Textos, 1988), cap. 3.

⁸ Cf. Simondon, G., *L'individu et sa genèse physico-biologique*, Grenoble, J. Millon, 1995.

símbolos comprensibles, transmisibles y modificables desde fuera. Lo que se denominan propiedades del hombre -la técnica y el lenguaje, la herramienta y el símbolo, la mano libre y la laringe flexible-, son más bien propiedades de esta nueva distribución»⁹.

Así pues, esta perspectiva elude la operación en virtud de la cual podría trazarse una delimitación excluyente que conservase la validez de ciertas distinciones tradicionales de la antropología -como los pares naturaleza/cultura o individuo/sociedad-, puesto que encara de un modo eminentemente crítico la relación entre lo uno y lo múltiple. La alternativa que Deleuze y Guattari proponen para dar cuenta desde un punto de vista genético de esa “nueva distribución” que constituye, según su presentación, el modo de estratificación en el que corresponde situar el campo antropológico, se expresa de forma privilegiada en su concepto de *agencement*, término francés frecuentemente vertido a nuestra lengua como “dispositivo”, “componenda” o simplemente como “agenciamiento”¹⁰, y en virtud del cual van a ser entendidas tanto las relaciones de poder como los regímenes discursivos que operan en las diferentes formaciones sociales y políticas. En sentido estricto, Deleuze y Guattari hablan de agenciamiento siempre que lo que acceda a la descripción sea un acoplamiento entre relaciones de poder materiales y regímenes de signos o disposiciones enunciativas, si bien dicho acoplamiento en ningún caso debe ser entendido como exhaustivamente correspondiente, ni siquiera como tendente de forma prioritaria al establecimiento de una correspondencia tal: antes bien, el agenciamiento mismo se constituye como oscilación entre dos polos. En primer lugar, aquel según el cual el agenciamiento se define por códigos o sistemas formales específicos, que diseñan una forma de estabilidad y rigen un funcionamiento reproductivo en la constitución de entidades tal que la distribución formal así establecida aparece para la teoría como un sistema en extensión gobernado por relaciones unívocas de inclusión y exclusión. Así, este polo “molar” o “global” del agenciamiento define las formas -políticas- de exclusión, normalidad y excrecencia de acuerdo con las cuales los casos resultan evaluados en función de si están, respectivamente, presentes sin representación, con representación o únicamente representados (pero sin presencia efectiva alguna en el seno de la oscilación). Pero, por el otro lado, un polo “molecular” o “local” desdibuja la figura del sistema formal normativo que sostiene los procesos de reconocimiento y reproducción, decodifica el polo molar del agenciamiento por la inserción de diferencias de intensidad que impugnan la validez de los patrones de identificación. Así, las instituciones del campo social caerán del lado del primer polo y estarán sometidas -al tiempo que impondrán de forma reproductiva- el modelo de la identidad y el reconocimiento, si bien su potencia efectiva dependerá del modo en que relaciones diferenciales establezcan en el seno del agenciamiento una reunión de heterogéneos en cuanto tales: son estas relaciones diferenciales las que exigen valoraciones y consti-

⁹ Deleuze, G., y Guattari, F., *Loc.cit.*, p.66.

¹⁰ Cf. Pardo Torío, J.L., “Máquinas y componendas” en Muñoz Veiga, J., y López Álvarez, P. (coords.), *La impaciencia de la libertad: Michel Foucault y lo político*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

tuyen —ya que siempre se trata de algo producido o por producir— el ámbito local y no totalizable donde se engendran los valores y los criterios de determinación en el juicio. Parece que, desde esta perspectiva, el dualismo que opone la naturaleza y cultura resulta subvertido de tal modo que el primero de sus términos ya no puede ser entendido en ningún caso como sinónimo de “forma” o “esencia”: en caso de mentar algo así como un ámbito, este deberá ser necesariamente no totalizable y, tal vez, del antiguo concepto griego de *physis* solo pueda ser retenido aquél sentido que equipara la naturaleza a un surgir, a un brotar, en definitiva, enfatizando así el carácter genético del devenir frente al ser.

«La Tierra —la Desterritorializada, la Glacial, la Molécula gigante— era un cuerpo sin órganos. Este cuerpo sin órganos estaba atravesado por materias inestables no formadas, flujos en todos los sentidos, intensidades libres o singularidades nómadas, partículas locas o transitorias. Pero, de momento, ese no era el problema. Porque en la tierra se producía al mismo tiempo un fenómeno muy importante, inevitable, beneficioso en algunos aspectos, perjudicial en muchos otros: la estratificación»¹¹.

Los diferentes modos de organización del cuerpo social, de acuerdo con la perspectiva que proponen Deleuze y Guattari, constituyen ocasiones concretas de estratificación dependientes de un agenciamiento que reúne —al mismo tiempo que distingue— un costado de relaciones de poder (entendidas en términos de diferencias de potencia) y un costado semiótico (que concierne a las prácticas y regímenes de enunciación y que también es, en sí mismo, una oscilación entre dos polos). Tanto en *El Antiedipo*¹² como en *Mil Mesetas*, el peculiar enfoque propuesto por los autores se hace cargo de la secuencia tradicional de la antropología social —a saber, primitivismo-selvajismo-civilización—, para presentar de forma deliberadamente anti-histórica («¿cómo encontrar suficiente inocencia para hacer historia universal?»¹³) tres formas de organización social correspondientes de modo meramente abstracto a las formaciones sociales primitivas, despóticas y capitalistas respectivamente. Este carácter abstracto resulta evidente de forma especial en *Mil Mesetas*, por cuanto estas formaciones sociales no son presentadas directamente en tanto tales, sino como diferentes regímenes de signos reunidos en una serie deliberada y artificialmente restringida en la que intentan encontrar una descripción diferencial como modulaciones de la oscilación bipolar de los agenciamientos: entre un polo paranoico-estatal y un polo esquizo-revolucionario. Ahora bien, lo relevante no está en la aplicabilidad o no de esta relación a las diferentes presentaciones empíricas de lo histórico-político, sino en cómo su combinación en estas “mezclas de hecho” puede señalar precisamente aquellos espacios en los que, escapando por las grietas de toda estratificación doctrinal en una representación sistemática, la crítica

¹¹ Deleuze, G., y Guattari, F., *Op.cit.* p. 48.

¹² Cf. Deleuze, G., Guattari, F., *L'Anti-OEdipe*, Paris, Minuit, 1972 (trad. Monge, F., *El Anti-Edipo*, Barcelona, Paidós, 1985).

¹³ *Ibidem*, p. 145.

debe ser producida. Por lo que toca a la sociedad contemporánea (aquella en la que según Eduardo Viveiros de Castro «la Razón-fuerza [...] consolidó la máquina planetaria de Imperio en cuyas entrañas se realiza el acoplamiento místico del Capital con la Tierra –la “mundialización”–, operación que se ve coronada por la emanación gloriosa de una Noosfera: la “economía de la información”»¹⁴), su carácter de formación social resulta paradójico, ya que parece erigirse precisamente sobre aquello que, según sostienen Deleuze y Guattari, las otras formaciones sociales procuraban mantener a raya, a saber, los flujos descodificados de trabajo abstracto y capital filiativo. Así, si bien por un lado el capitalismo supone una suerte de descodificación generalizada, por otro exige el emplazamiento de un mecanismo de conjugación de dichos flujos que garantice tanto su recurrencia como un mínimo de cohesión en tanto formación social. Ahora bien, a la vista del panorama que se viene presentando en el campo de lo histórico-político –al menos desde principios del siglo veinte–, no resulta verosímil que el modelo de lo jurídico y de la soberanía pueda proporcionar a la crítica algo más que la certificación empírica de su propio incumplimiento. El propio Kant¹⁵ se refería en términos de *Unwillen* (desmoralización, depresión o desgana) al sentimiento que provoca la contemplación de la historia política, donde la falta de un hilo conductor de la razón ofrece el espectáculo desolador de una naturaleza que juega sin fin y señalaba hasta que punto el antagonismo, a pesar de ser el ardid mediante el cual podría pensarse que tal naturaleza lleva a cabo el desarrollo de todas sus disposiciones y cuya función culmina por cuanto puede situarse como causa de la eventual cristalización de tales disposiciones en un orden legal, no deja en ningún caso de ser “la insociable sociabilidad de los hombres” que hace “que su inclinación a vivir en sociedad sea inseparable de una hostilidad que amenaza constantemente con disolver esa sociedad”.

UNA POBLACIÓN COMPETITIVA NATURALMENTE

Parece, por tanto, que la persistencia como organización social de una formación tal que parece constituida sobre un fondo tan inestable y fangoso como aquel en el que anida la crítica requiere la preeminencia de un modo de ejercicio del poder y de funcionamiento del saber específicos. Foucault, durante el curso de 1977/1978¹⁶, señala la relevancia de la eclosión de la noción de “población” en el tránsito operado en diferentes dominios: del análisis de las riquezas a la economía política, de la historia natural a la biología, de la gramática general a la filología. Pero, sobre todo, esta noción es correlativa de un tránsito desde el modelo de la soberanía (al que corresponde la imagen del sujeto de derecho), hasta el problema específico del arte de gobernar. No obstante, en la medida en que Foucault (tanto como Deleuze y

¹⁴ Cf. Viveiros de Castro, E., *Métaphysiques cannibales. Lignes d'anthropologie post-structurale*, París, PUF, 2009 (trad. Stella Mastrangelo, *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología postestructural*, Madrid, Katz, 2010. p. 85.

¹⁵ Cf. Kant, I. *Idee zur einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht* (1784) (trad. Roldán Panadero, C. y Rodríguez Aramayo, R: *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*, Madrid, Tecnos, 2006).

¹⁶ Cf. Foucault, M., *Seguridad, territorio, población: curso en el Collège de France (1977-1978)*, Madrid, Akal, 2008.

Guattari) renuncia a considerar los diferentes procesos históricos conforme a un orden de exclusión recíproca –puesto que una relación tal no puede sino presuponer de un modo u otro un fondo genérico de identidad– este arte de gobernar debe convocar necesariamente tanto elementos propios de la soberanía como de la disciplina, aunque en ningún caso tenga lugar una reducción de sus diferencias recíprocas conforme a un modelo identitario común. La irrupción del imperativo de introducir la noción de población en la consideración de los hechos histórico-sociales consigue definitivamente dar al traste con la oposición tradicional entre naturaleza y cultura (o, si se prefiere, entre lo natural y lo artificial –que distingue entre diferentes movimientos atendiendo a su carácter más o menos violento con respecto al punto de detención ideal que se cifra en la esencia)–. Así, según propone Foucault, es correlativa del paso del mercantilismo característico del siglo XVII a la progresiva difusión, desarrollo y transformación desde el XVIII de las tesis de los fisiócratas y la consiguiente aceptación –ya sea explícita en la teoría, ya implícitamente en la acción– de la afirmación de una suerte de “ley natural” del funcionamiento del mercado y de lo social.

Según la caracterización que propone Foucault, la población exhibe su naturalidad de acuerdo con diversos aspectos: en primer lugar, la población se define en un ámbito de variación que impugna cualquier concepción meramente receptiva de aquello sobre lo que el soberano ejerce su soberanía, de tal modo que, en lo que toca al gobierno, su indocilidad escapa a la binariedad del par obediencia/revuelta, inclusión/exclusión, del mismo modo que la distinción entre lo normal y lo patológico resiste su superposición a la de lo normal y lo anormal¹⁷. La población aparece así como un fenómeno de la naturaleza, permeable a las variaciones del medio, pero asimismo dotada de cierta espontaneidad. En ambas direcciones, y a falta de un primer principio capaz de establecer un orden de exclusiones y determinaciones autónomas, se revela un pluralismo salvaje que merma la validez de toda predicción y que solo encuentra un campo inmanente de conciliación en la referencia al deseo –lo que constituye el segundo aspecto en el que se manifiesta su naturalidad–, si bien en el caso de las tesis de los fisiócratas y precisamente por introducir estas la consideración de que la población está compuesta por individuos (a pesar de que la población misma no pueda en ningún caso deducirse de la mera suma de estos), entendemos que el camino hacia el lugar de la crítica aparece bloqueado con la ayuda de cierto señuelo, la identidad personal volitiva, prisionera del modelo del reconocimiento y carcelera de la singularidad intempestiva de lo pasional bajo la forma limitante y degradada del amor propio. El individuo aparece como posición, perspectiva, causa y finalidad privilegiada de todo desplazamiento en el ejercicio del poder y del saber. Tanto en el pensamiento de los fisiócratas como en las tesis más difundidas de la escuela de Chicago, a estos individuos se les reconoce una constitución entitativa tal que hace de ellos libres soberanos de su decisión, desembocando en un naturalismo que, a la vista de cómo han ido evolucionando las cosas conforme estructuras heredadas de estas tesis han ido copando la hegemonía del

¹⁷ Cf. Canguilhem, G., *Le Normal et le pathologique*, París, PUF, 1966. (Tr.: Potschart, R., *Lo normal y lo patológico*, México, Siglo XXI, 2005).

campo social, no podemos sino calificar de ingenuo: «si se lo deja actuar y siempre que se lo deje actuar, dentro de ciertos límites y en virtud de una serie de relaciones y conexiones, redundará en suma en el interés general de la población».¹⁸

El deseo así comprendido no puede sino darse el individuo como ya hecho, como sujeto soberano de decisión naturalizado, de tal modo que la cuestión del gobierno no pasa ya tanto por la prohibición, sino por el troquelado y la conducción de tal deseo. Se expresa así una tensión interna al campo histórico-político contemporáneo, que hace coexistir dos lógicas heterogéneas —una “lógica” de la descodificación del trabajo y de la riqueza, del progreso infinito; una lógica de codificación en la homogeneidad de una cultura sin afuera— a través de un punto de conexión abstracto que se materializa en cada caso como cierto “sí mismo” en el que se expresa al máximo la identidad de naturaleza entre lo económico-político y lo económico-libidinal, identidad sobre la que se construía ya todo el trabajo de Deleuze y Guattari en *El Antiedipo*. Pero si este “sí mismo” puede de algún modo sostenerse como tal al mismo tiempo que se mantiene el carácter supraindividual de la población —y, a la inversa, que tal población pueda ser objeto de gobierno— pasa porque su comportamiento tenga lugar conforme a ciertas *regularidades* del propio campo social. Ahora bien, un pensamiento que pretenda superar las limitaciones del enfoque sustancialista —que dejaría atrás este sentido de lo natural que resulta específico según la caracterización foucaultiana de la seguridad y la población— debe situarse en el punto en el que tales regularidades se constituyen, renunciando así tanto a una concepción trascendente del límite como al mero juego de oposiciones binarias con carácter exclusivo.

Cabe pensar que la multiplicidad a la que se alude con la noción de “población” en ningún caso debe ser entendida en sentido analítico, puesto que tal entendimiento dejaría atrás su espontaneidad propia al mismo tiempo que quedaría por explicar la aparición de constantes, haciendo obligada así la una remisión a una concepción causal y trascendente del límite y entregando simultáneamente al deseo a su concepción netamente representativa y reproductiva. Al menos así lo hacen ver Deleuze y Guattari en su empleo del término “población” en un contexto diferente a aquél en el que Foucault lo saca a colación. De este modo, la población aparece como algo en cierto sentido modulable¹⁹, que se sustrae constantemente a la individualidad y a la identidad precisamente por lo que tiene de espontaneidad material, pero que siempre se encuentra amenazado por los rigores del esquema del reconocimiento en la medida en que el agenciamiento en el que se inserte privilegie su polo reaccionario-paranoico. Pero no parece que tal polo, siquiera en sus presentaciones histórico-políticas (como el Estado, el sujeto de derecho, etc) — ejerza una rección exclusiva en la sociedad contemporánea: antes bien, por cuanto el ejer-

¹⁸ Foucault, *Op.cit.*, clase del 25/1/1978.

¹⁹ «El molde y el modulador son casos extremos, pero la operación esencial de adquisición de forma se cumple en ellos de la misma manera; consiste en el establecimiento de un régimen energético, durable o no. Moldear es modular de manera definitiva; modular es moldear de manera continua y perpetuamente variable. [...] Un gran número de operaciones técnicas llevan a cabo una adquisición de forma que posee caracteres intermedios entre la modulación y el moldeado; (...). *Moldeado y modulación* son los dos casos límite de los que el *modelado* es el caso intermedio» Simondon, G., *Op.cit.* p. 60 (la cursiva es nuestra).

cicio del poder hegemónico resulta heredero de las tesis de los fisiócratas, arrastra consigo una concepción del sujeto que no puede sino ser, en sí misma (aunque tal vez no “para sí”), de carácter mixto. Deleuze y Guattari oponen dos regímenes de signos que, en consonancia con su negativa a disociar lo político y lo libidinal, reflejan el modo en el que el deseo inviste hegemónicamente un campo social. Heredando la clasificación de Clérambault —que a su vez reformula la de Sérieux y Capgras—, Deleuze y Guattari distinguen entre un régimen signifiante-despótico-paranoico (caracterizado por la recurrencia de la referencia a un centro irradiador de significación y asimilable al aparato de Estado) y un régimen postsignificante-pasional, que conlleva la presencia de un postulado de base, un núcleo ideoaectivo que funciona como punto de subjetivación a partir del cual el delirio se desarrolla según segmentos finitos en una sucesión lineal infinita. En ambos casos, aquello que aparece fijado es del orden de lo afectivo, es decir, del de una cierta indeterminación en el orden de la extensión de un elemento diferencial puramente intensivo que encuentra en la estructura delirante una forma de constancia, y también en ambos casos, el costado del *debe* —como opuesto a un *haber*— se postula como infinito. Ahora bien, en el texto de 1975, “Dos regímenes de locos”²⁰, Deleuze señala que la formación social capitalista “corresponde más bien a lo que acabamos de llamar el delirio pasional”, y por cuanto tal formación social resulta caracterizada por una descodificación y desterritorialización de los flujos —de deseo, de dinero— a la que es correlativa una reterritorialización complementaria conforme a una relación puramente diferencial —como aquella que determina el flujo de innovación en términos de rentabilidad— cabe preguntarse hasta qué punto no resulta urgente para la crítica eludir una pedagogía que ponga en juego los mecanismos del reconocimiento bajo la figura del capital humano —como deuda infinita del sujeto con su propio deseo— así como los mecanismos de identificación política fundados en la exclusión, y esto último no solo para impedir el retorno del frío monstruo del Estado²¹, sino también, y muy especialmente, por cuanto bajo los ropajes del derecho, el progreso y la unidad pueda funcionar un vector de descodificación absoluta que dispone en su circulación segmentos de identificación que, al revés de lo que hace posible la persistencia retiniana de la imagen, sostengan la imagen de una comunidad que ha sacrificado tanto las garantías de su estabilidad como la potencia de creación de su heterogeneidad. Si, siguiendo a Kant, entendemos el *entusiasmo* histórico-político como modulación del sentimiento de lo sublime, y reconocemos a este sentimiento lo que le corresponde en relación con la impugnación de toda determinación geoméricamente discernible y susceptible de ser aprehendida den-

²⁰ Cf. Deleuze, G., *Deux régimes de fous. Textes et entretiens*. 1975-1995, Paris, Minuit, 2003 (trad. e introducción Pardo, J.L., *Dos regímenes de locos*, Valencia, Pre-Textos, 2007).

²¹ «Estado se llama al más frío de todos los monstruos fríos. Es frío incluso cuando miente; y esta es la mentira que se desliza de su boca: “Yo, el Estado, soy el pueblo”» Nietzsche, F. *Also sprach Zarathustra. Ein Buch für Alle und Keinen* (1888) (trad. Sánchez Pascual, A., *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza 1997. Pt. I “Del nuevo ídolo”, p. 86).

tro de la placentera concordia de las facultades, en el riesgo de captura que lo amenaza resuena la condena erasmiana de la *philautia*²² como origen de toda demencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Canguilhem, G. (1996). *Le Normal et le pathologique*. París: PUF. (Trad.: Potschart, R., *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI, 2005).
- Deleuze, G. (1953). *Empirisme et subjectivité*. París: PUF. (Trad. Acevedo, H., *Empirismo y subjetividad*. Madrid: Gedisa, 1981).
- (1962). *Nietzsche et la philosophie*. París: PUF. (Trad. Artal, C. *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama, 1971).
- (2003). *Deux régimes de fous. Textes et entretiens. 1975-1995*. París: Minuit. (Trad. e introducción Pardo, J.L., *Dos regímenes de locos*. Valencia: Pre-Textos, 2007).
- Deleuze, G., Guattari, F., (1972). *L'Anti-OEdipe*. París: Minuit. (Trad. Monge, F., *El Anti-Edipo*. Barcelona: Paidós, 1985).
- *Mille plateau*. París: Minuit, 1980 (trad. Vázquez, J., y Larraceleta, U., *Mil mesetas*. Valencia: Pre-Textos, 1988).
- Erasmus de Rotterdam, *Moriae Encomium* (1511), (Trad. Voltes Bou, P., *Elogio de la locura*. Madrid: Espasa Calpe, 1953).
- Foucault, M. (2008). *Seguridad, territorio, población: curso en el Collège de France (1977-1978)*. Madrid: Akal.
- Kant, I. (1784). *Idee zur einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht*. (Trad. Roldán Panadero, C. y Rodríguez Aramayo, R., *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*. Madrid: Tecnos, 2006).
- (1790). *Kritik der Urteilskraft*. (Trad: García Morente, M., *Crítica del juicio*. Madrid: Espasa Calpe, 1977).
- Lyotard, J.F. (1986). *L'enthousiasme*. París: Éd Galilée. (Trad. Alberto L. Bixio, *El entusiasmo. Crítica kantiana de la historia*. Barcelona: Gedisa, 1997).
- Nietzsche, F. (1888). *Also sprach Zarathustra. Ein Buch für Alle und Keinen*. (Trad. Sánchez Pascual, A., *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza, 1997).
- Pardo Torío, J.L. (2000). “Máquinas y componendas” en Muñoz Veiga, J., y López Álvarez, P. (coords.), *La impaciencia de la libertad: Michel Foucault y lo político*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Simondon, G. (1995). *L'individu et sa genèse physico-biologique*. Grenoble: J. Millon.
- Viveiros de Castro, E. (2009). *Métaphysiques cannibales. Lignes d'anthropologie post-structurale*. París: PUF. (Trad. Mastrangelo, Stella, *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología postestructural*. Madrid: Katz, 2010).

²² Erasmo de Rotterdam, *Moriae Encomium* (1511), (trad: Voltes Bou, P., *Elogio de la locura*, Madrid, Espasa Calpe, 1953).